

**Miércoles 23 de Abril de 2014**

**Santoral: Jorge**

**Hechos 3,1-10 Te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo, echa a andar**

**Salmo responsorial: 104 Que se alegren los que buscan al Señor.**

**Lucas 24,13-35 Lo reconocieron al partir el pan**

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo: ¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino? Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días? Él les preguntó: ¿Qué? Ellos le contestaron: Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; como lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace ya dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.

Entonces Jesús les dijo: ¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria? Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo: Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída. Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció.

Ellos comentaron: ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón. Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

### **Cristo ha resucitado. Verdaderamente ha resucitado**

#### **Pensemos...**

Abrir el libro de los Hechos de los Apóstoles es encontrarnos con las pruebas más contundentes de que Cristo está vivo y actuando. Es observar a la plena resurrección en pleno desarrollo. Qué bueno sería que cada uno de nosotros, los católicos de hoy, lleváramos a Cristo “vivo y real” con gozo en el corazón.

#### **Entonces...**

Aquella gente que había sentido la mayor tristeza y la dureza en su corazón ante la muerte trágica de Jesús. Ahora son llenados con la más grande fuerza que no tiene comparación en la historia de la salvación.

Venían desilusionados. Venían amargados y profundamente conmovidos por lo sucedido. Tan así que no atinaban a reconocer que Jesús estaba con ellos. Ese camino de Emaús es de gran simbología. De un fracaso una grata noticia. De la tristeza una enorme alegría.

Aquella cruz los había sepultado con Cristo en la oscura hora de la muerte del crucificado. Aquel dolor los había envuelto en tinieblas de dolor y llanto. Emaús era un sendero de tristeza y de comentarios pesimistas en recuerdos que hundían en mayor

desesperación. Avanzaban pero al fracaso. Daban pasos hacia una desilusión que se convertía en desesperación pues ya no sabían que hacer frente a lo aterrador de aquella cruz asesina.

Era verdad que eran dos, pero esos dos motivaron a los demás. Jesús los alcanzó, llegó hasta sus pesados pasos. Era Jesús, quien nunca abandona y menos en momentos tan duros. Les explica las Escrituras. Vuelve a recordarles sus promesas de amor. Les abre los ojos con la ternura del maestro que no se cansa de enseñar y acompañar.

La tristeza corre más cuando se han perdido las esperanzas. Pero Jesús está decidido y quiere abrirle los ojos y el corazón. Él quiere darles la mejor noticia. La única noticia que puede cambiar ese luto en alegría. Esa nostalgia en esperanza.

Lo reconocen al partir el pan. Ese pan que lo había dado al traidor. El pan que les había ofrecido para perpetuar su presencia eterna en amor para continuar la salvación. El pan de vida y fuente del más puro amor. Fuente y culmen de la naciente Iglesia que se empieza a gestar.

Lo bueno de todo y para el bien de todos. Que en ese pan estaba la mayor riqueza y el mayor gusto. La vida transformada en una mejor vida "resucitada" para darnos de comer para nuestra eternidad. Por eso el gozo y el poder gritar: Cristo ha resucitado. Verdaderamente ha resucitado.

**Padre Marcelo**

**@padrerivas**